

Miguel Delibes: "Un novelista descubre América". Editorial Nacional, Madrid, 1956. Precio, 30 pesetas.



AMD, 86, T, 2

Miguel Delibes nos muestra en este libro una faceta nueva de su actividad literaria. El novelista castellano es aquí cronista viajero, que nos descubre con su pluma el telón de la distancia que separa al lector español de las tierras de América del Sur, para acompañarnos por los escenarios de Argentina y Chile. Delibes, antes que novelista —antes en el tiempo— es periodista, y periodista de calidad que desde su torre de cristal vallisoletana observa el tiempo y los hombres y los hechos, para llevar a cabo una labor crítica constante.

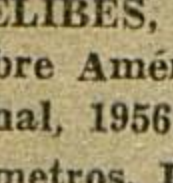
Con motivo de un reciente viaje a América del Sur, publicó unas deliciosas crónicas viajeras en varios periódicos y revistas españolas, y ahora las recoge en un libro, bajo el título "Un novelista descubre América". El título podrá parecer pretencioso, y acaso hubiera sido más exacto emplear la palabra "describe", pues está más acorde con el texto y con las intenciones de Delibes, que ya en su primera correspondencia dice que no va a América a descubrir, sino a constatar hechos.

Las crónicas —alguna de las cuales ha sido recogida en estas columnas cuando se publicó el libro— son amenas, originales, nada recargadas de datos que cansan al lector. Son impresiones viajeras que van desde la descripción de la cocina araucana a la indiosincracia de los chilenos, desde el paisaje a las especies de caza que se dan en aquella extensa geografía. Escritas con rapidez, tienen la gracia de esa espontaneidad que es primordial en la crónica periodística. A través de su lectura se entera uno de mil cosas que la agudeza y fina sensibilidad del periodista y del novelista han visto en su curioso paseo por el continente americano.

Escritas con ese dominio del castellano que es patrimonio de Delibes, éstas crónicas son un regalo para el lector, amigo de conocer países y paisajes a través de los libros. — J.

MIGUEL DELIBES

ALMA DE LOS



Por FEDERICO CA

DELIBES, Miguel: «Un novelista descubre América». Madrid. Editora Nacional, 1956; 172 págs., 21,5 x 14 centímetros. Rústica, 30 ptas.

Miguel Delibes ha titulado su nueva obra, entreverando el humor con el tópic, «Un novelista descubre América». Sin embargo, a muchos, impermeables al humor y entregados por idiosincrasia al tópico, el título les parecerá pretencioso y nada original, pues es lugar común que quien sale de las fronteras patrias por quince días regresa decidido a escribir un libro, con la absoluta convicción de que nadie entendió el país visitado con atraganto hasta que él «lo ha descubierto» tan providencialmente, como don Cristóbal las Indias Occidentales.

A mí, el título elegido por Delibes ni me parece pretencioso y vulgar, ni tampoco admito su humorismo y burlada topiquería. Me parece un título feliz y, acaso, sin suficiente precisión. A mi entender, fuera más exacto y significativo así: «Un novelista descubre su América». Pues creo que los países admiten tantos descubrimientos como personas inteligentes y de gran sensibilidad llegan a ellos. Hay «algo»—sumas de «algos»—en cada país que es como su esqueleto y como su apariencia, invariables, que los otorga perdurabilidad inconfundible. Mas también tienen otros incontables «algos» que esperan para vivificarse que les llegue su hora en unos ojos y en unas entendederas singulares. Si una misma persona es juzgada, sin error esencial, de modo muy distinto por otras varias, ¿por qué un país no ha de admitir parecida, disimilitud de juicios, también sin merma de su esencialidad? Pues bien; uno de esos «algos» es el que puede constituir el descubrimiento peculiar de cada viajero. Un «algo» sugestivo que nadie, sino él, ha sabido ver, y que sin modificar el esqueleto ni la apariencia del país le añade, con felicidad y gozo, un matiz para la reflexión o una gama para la sensación. Este «algo» es, pues, el que exige y acredita el posesivo que yo echo de menos en el título elegido por Miguel Delibes para su última obra. Porque no uno, sino muchos matices y gamas, Delibes ha descubierto en su reducida América, y digo reducida, pues que el novelista ha limitado su viaje y examen a tres países: Brasil—como de pasada, impresionismo sin reflexión—, Argentina—mayores la atención y el tiempo—y Chile—moroso y encariñado hurgarlo dándolo cien vueltas.

Mas aún debo añadir algo muy importante, que ya afirmé no pocas veces en letra impresa: si quien viaja y examina y comenta es un buen novelista, como Delibes, los matices y gamas descubiertos alcanzarán hasta primores trascendentales. Porque el buen novelista posee como una doble vista y como un sexto sentido que le permiten contemplaciones y juicios imposibles al sencillo, y aun al culto turista, y a quienes viajan con preconcebida intención—políticos, economistas, juristas, estrategas—de interpretaciones prácticas. Acaso al artista notable pueda concedérsele ese sexto sentido y esa doble vista que el buen novelista posee; pero aquél sólo los utilizará en función de «impresiones plásticas», mientras éste sacará, tras estas mismas impresiones, consecuencias netamente espirituales con vigencia para la vitalidad, tanto histórica como de momento. El buen novelista, como Miguel Delibes, considera por separado los dos aspectos de un mismo escenario, de una misma persona: el aspecto que es realidad para todos y el aspecto que es inminencia—también real, mas ya con vetas y nimbos imaginativos—en su propensión a la «re-creación». Este segundo aspecto está vedado a cuantos no son buenos novelistas, y es en el que, lógicamente, consiguen sus más sensacionales descubrimientos éstos. En el nuevo libro de Miguel Delibes encontré, además, otros valores que no pensaba encontrar. Mencionaré algunos. En sus novelas, Delibes acredita un estilo recio y áspero, un vocabulario rico, pero inclinado a las acepciones más bravas. En «Un novelista descubre América» el estilo se ablanda y dulcifica y el vocabulario busca las acepciones más líricas. El novelista Delibes busca los conflictos dramáticos y se obsesiona por empujar a sus criaturas hacia destinos tremendos, sin concederles treguas de emoción íntima, sin el norte posible de una definitiva paz. El viajero Delibes sonríe constantemente, encuentra con frecuencia el lado amable de las cosas y la cara buena de los seres. El novelista Delibes se encierra voluntariosamente en mundos transidos por destinos irremediabiles y con itinerarios sujetos a premisas tan fatales como ayunos de sorpresas. El viajero Delibes resulta un extraordinario mago, proporcionándonos juegos de sorprendentes imágenes, sugiriéndonos posibilidades esperanzadoras para remediabiles designios. El viajero Delibes—me parece—, para ver y comentar, sólo ha utilizado la porción noble de poeta que hay en todo gran novelista. Porque lirismo, y del mejor, hay en no pocos de los capítulos y párrafos de su obra, en los titulados «Una ciudad de tarjeta postal», «Brasil, un gigantesco parque», «El verde pañuelo», «La espina dorsal de una geografía», «Un andaluz con sordina», «Siempre hay más Sur».

Supongo que «Un novelista descubre América» será obra vivamente apreciada y comentada por argentinos y chilenos. Pues muy pocos españoles han sabido re-descubrir sus países con la sagacidad poética y con la nobleza augural de Miguel Delibes.

"UN NOVELISTA DESCUBRE AMERICA", por Miguel Delibes.

Se ha ganado Delibes un puesto relevante, de primera magnitud, dentro del panorama de nuestra literatura nacional contemporánea. Desde que fué galardonado con el Premio Nadal por su novela "La sombra del ciprés es alargada" su producción ha seguido un claro y vigoroso ritmo ascensional. Ya en aquella primera creación se pone de relieve su talento de novelista y su ágil, flexible y correcto dominio del idioma y del estilo. Como narrador, Miguel Delibes es, con seguridad, uno de los primeros escritores con que contamos en la actualidad, además de poseer indiscutible originalidad en la manera de ofrecer sus temas. Estas sobresalientes cualidades, que les garantizan una posición eminente dentro de nuestras letras y le abren un espléndido porvenir—Delibes está demostrando también una rica fecundidad—están impresas en toda su obra, desde "El Camino" hasta "Mi idolotrado hijo Sisi", y el "Diario de un cazador". Significa, en resumen, con José María Gironella, el más positivo valor literario que ha sido descubierto por el Nadal.

Pero Delibes, de pronto, penetró con paso seguro y mirada clara en la senda del cronista viajero. Se fué a América y escribió una serie de ensayos sobre todo lo que sus ojos fueron viendo a lo largo y a lo ancho de aquellas tierras sin duda promisorias. La interpretación que Delibes hace de los países que visitó puede o no merecer la aprobación de quienes están familiarizados con ellos. Pero es innegable su sinceridad y su originalidad al reflexionar sobre ellos, al estudiarlos, al reducirlos a breves y rápidas síntesis en que se ha pretendido recoger y expresar la esencia íntima de aquellos pueblos. Sin duda, una interpretación completa de América exigiría una obra más amplia, más sistemática y mucho más voluminosa. Pero el joven y ya gran novelista no ha querido ofrecernos el análisis documentado y con preocupación exhaustiva, propio de la monografía. Nos ha dado una radiante pintura impresionista de grandes países que su fantasía ha reducido a algunos rasgos sobresalientes y que valen a manera de definición externa. Así su visión del Brasil, de Río de Janeiro, de Co-

pacabana. Delibes descubre un fenómeno curioso—tal vez un poco dramático—en los países de esa América: la macrocefalia. Son países donde la población se acumula, se concentra en las capitales, en un absentismo colectivo del campo, y así se recibe la impresión de que la cabeza resulta demasiado grande con relación al cuerpo. El estudio de Argentina, con algunos de sus aspectos más interesantes, y de manera especial las páginas consagradas a Chile, con su especial configuración geográfica, sus seísmos, su arquitectura, su imprevisión, sobre el sorprendente tipo llamado "el roto", la cocina, las mujeres, los indios araucanos, llamados a extinguirse, etc., son rápidas, certeras, amables, profundamente sugestivos y siempre expuestos con la elegancia y el vigor que son características de un gran escritor.

Miguel Delibes enriquece su producción con un volumen muy interesante, que se lee con verdadero deleite y que nos da un nuevo tipo de crónica de viaje: carta, precisa, ágil, amena, como un disparo de flahs. Muy bien escrito, el libro es atractivo en todas sus páginas y produce verdadero placer su lectura.

CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

OJOS ARTIFICIALES

a la medida, hasta el día 25 en Hotel Moderno, Uría, 19 (4 a 6). Oviedo.
LAISECA HERMANOS

Sesenta a

(Viene de TERCERA página).
habladas. Sonido en el cine. Revolución técnica y nuevas promesas. Mayor dividendo a pagar. En 1926, la Warner Brother presentó la primera película con sonido sincronizado a la imagen. ¿El film? "Don Juan". El primer film con diálogo no tardó en seguir: "El cantor de Jazz", con All Jolson, y la primera película "toda hablada" fué "Luces de Nueva York" (1927). Esta revolución supuso la muerte artística de muchos artistas cinematográficos. Hombres y mujeres que "hablaban" en las cintas mudas no pudieron seguir abriendo la boca cuando tuvieron ante sí el fenómeno. Este perfeccionamiento

MD



«UN NOVELISTA DESCUBRE AMÉRICA»

Miguel Delibes, el más importante de los novelistas españoles actuales, nos ofrece ahora uno de los libros más interesantes publicados en los últimos años e incluso uno de los más sugestivos y originales, dentro del género, que se escribieron en bastante tiempo. A su regreso de un viaje a Hispanoamérica —Chile y Argentina principalmente—, Delibes ha recogido en un volumen una serie de crónicas que, agrupadas, vienen a constituir un cuadro, con caracteres casi de documento, lleno de colorido y fidelidad, por cierto, sobre los países visitados. Las impresiones captadas con la sagaz observación del novelista a lo largo de su “ocio atento”, como diría “Azorín”, enriquecidas gracias a una imaginación fértil y un agudo sentido del humor, adquieren en “Un novelista descubre América” el valor auténtico de lo que, siendo fugaz —crónica viajera del periódico o la revista—, se hace permanente. En adelante el libro de Delibes será un auxiliar oportuno, cuando no un incentivo, para el curioso viajero que no pretende limitarse a contemplar, sino que quiere llevarse consigo algo más que una simple serie de anécdotas. Esa cualidad de las cosas y de los seres nos las puede mostrar únicamente el hombre cultivado, aquel que se preocupa de dar a las circunstancias no sólo un matiz, sino una categoría. Un novelista, en resumen, puesto que a la vez que muestra, cala sugiriendo.

Son infinitas las fórmulas con que el artista puede intentar abarcar la naturaleza. Un novelista —artista elevado al grado máximo— no se conformará con captar un solo plano, el real, como haría, por ejemplo un pintor, trasladándole fielmente al lienzo. La importancia suprema del novelista radica, esencialmente, en que en su labor entran en juego múltiples aspectos y uno esencial: el psicológico. El novelista juega con seres humanos; debe poblar su mundo con seres humanos, moviéndose éstos en una órbita que no es la realidad vital nuestra, naturalmente, pero que se rige por unas leyes igualmente inamovibles, y ha de darles forzosamente una atmósfera, un ambiente. En esta circunstancia, en el hecho de que Delibes es un novelista que sabe “ver” como novelista, radica la importancia del libro que comento; uno de los que con mayor fruición he leído. No se limita el autor a mostrar lo que la mirada capta con la fidelidad de una cámara fotográfica, exactamente igual a la retina de cualquier artista más o menos indolente, sino que extrae del paisaje, de los hombres y de su sentido en la trayectoria histórica, cuanto hay de fiel y sugeridor.

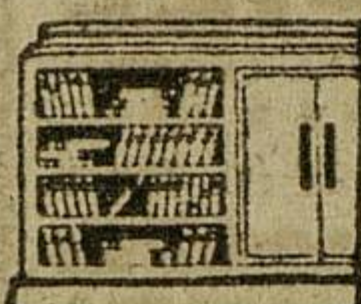
Frente a la naturaleza el artista puede adoptar muchas posturas. Al pintor le es permitido reducirla al lienzo con fidelidad en los detalles; el pincel traslada, pacientemente, cuanto la mirada capta, en una labor de orfebrería, tanto más inútil por cuanto lo rabiosamente real no es, ni mucho menos, lo auténtico y permanente; puede el pintor también convertirse en decantador de esa naturaleza, eliminando lo superfluo para perfilar lo dotado de un valor positivo y, por lo tanto, eterno. Miguel Delibes, dentro de la profundidad novelística, ha obrado de esta manera, decantando el motivo para dar una serie de estampas impresionistas, escuetas, sobre el vasto panorama descubierto en toda su profundidad y anchura. El escenario tan múltiple y los seres que le pueblan son aprehendidos en su latido más cálido.

La prosa templada y rica de Delibes adquiere en este libro la difícil sencillez del escritor que domina el lenguaje haciéndolo profundamente suyo. El lector se encuentra sumergido en el relato, gracias, principalmente a la riqueza idiomática, a esa fórmula tan plena que Delibes nos va matizando a medida que surgen sus libros. Delibes no ha compuesto un relato expositivo, sino, y sobre todo, expresivo, resultado de una postura abierta y libre de prejuicios o influencias. El fino humor trasciende de muchas de las páginas con detalles que vienen a ilustrar una situación, un carácter y hasta un sentido racial. “Aunque no con valor absoluto —nos dice, por ejemplo—, podemos afirmar que aquí (Uruguay) se distingue un pobre de un rico, en que aquél maneja un “Peugeot” 54 y éste un “Cadillac” 55. Uno se explica que una diferencia cuantitativa del H. P., no sea bastante para despertar el resentimiento. Uruguay desconoce los conflictos sociales.”

La América del Sur, que está ahí, tan cerca —y tan lejos— de nosotros, nos la muestra en amplia parcela Miguel Delibes y lo hace —que es lo sorprendente—, descubriéndonosla, es decir, recreándola a través de su visión personal de novelista responsable de su misión.

Francisco Casanova

EDICIÓN MIGUEL DELIBES



El RINCÓN de los LIBROS

"Un novelista descubre América"

Por MIGUEL DELIBES

No creemos que Miguel Delibes necesite presentación. De todos es conocido el haber sido premiado con el Nadal por su novela. "La sombra del ciprés es alargada". Pero, además, las posteriores obras de Delibes han confirmado y aumentando su valía como escritor y, sobre todo, como novelista.

En este libro, "Un novelista descubre América", Delibes sale de su género literario habitual para entregarse a un quehacer literario completamente distinto. Como puede comprenderse por la mera lectura del título de la obra que comentamos, se trata ahora de algo distinto. El escritor nos cuenta en ella sus impresiones de un viaje a América del Sur. Siendo más concretos, digamos que la mayor parte de la obra está dedicada a un país poco conocido, como es Chile. Por ello el libro lleva un subtítulo ilustrativo de su tema, y es "Chile en el ojo ajeno".

Delibes no es un novelista tremendista ni efectista. Sus novelas están escritas en una prosa más bien sencilla, muy castellana, concretamente del castellano de Valladolid, y en ellas abunda casi siempre la gracia y la amenidad. En una palabra Delibes es un escritor que sigue en sus novelas una corriente tradicional o clásica. Es un novelista optimista.

El lector que conozca sus obras sabe por lo tanto con quien tiene que habérselas. Por ello entra en la lectura de este libro con la casi seguridad de que se encontrará en él a un hombre de espíritu moderna, con temperamento optimista y con sensibilidad y grabejo suficiente para descubrir los rasgos más salientes de las cosas y su miga, lo que pudiéramos llamar el lado humorístico de ellas. Y la verdad es que el lector no se siente defraudado.

"Un novelista descubre América" es un libro ejemplar por varias razones. Ejemplar como libro de buena literatura, ejemplar como modelo de lo que debe ser una crónica periodística, dando a esta última palabra su sentido más noble y elevado, ejemplar, también, como libro de viajes y a gran altura dentro del género propiamente dicho.

He aquí lo que puede hacer un buen escritor y un hombre inteligente con todo lo que toca y ve: destacarle de su mundo circundante, iluminarlo, en una palabra, darle vida. Y esto es lo que hace nuestro escritor con las cosas que ve y percibe en el continente de América del Sur.

Desde que empieza la narración en el avión que lo lleva hasta el Brasil hasta el capítulo final, una

especie de mesa revuelta, en donde entra todo lo que ha quedado olvidado, el lector no siente el menor síntoma de aburrimiento o pesadez. Delibes sabe siempre prender el interés del que lee, hable del tema que hable. Y sabe además ir al grano, es decir, comprender perfectamente e inteligentemente cualquier clase de situación, de paisaje o de gente. Dos cosas destacan en "Un novelista descubre América": las magníficas descripciones del paisaje argentino y chileno, atravesado por la gran espina dorsal que son los Andes, y la vivacidad y acierto con que nos retrata a las gentes chilenas. Las páginas dedicadas al paso de los Andes son francamente admirables por su claridad y belleza. En la prosa de Delibes vivimos experiencias llenas de la sensibilidad de un hombre de ahora ante semejante ejemplo de paisaje natural.

Y de Chile nos queda una impresión inolvidable. Esa tierra tan lejana para nosotros, —en palabras del autor, otro mundo completamente distinto— separada por la barrera casi infranqueable de los Andes, con una geografía macroscópica, aparece ante nosotros con unos colores y un relieve casi fotográficos. Por otra parte, la manera cómo capta y describe a los hombres chilenos, desde el "roto" hasta el araucano, en trance de desaparecer, es admirable.

Hay sin embargo algo que extraña al lector de nuestra tierra, y es la ausencia de referencia al gallego. Ni una sola vez se cita la presencia del gallego en América del Sur y concretamente en Chile. Y eso a pesar de que a veces se mencionan los oficios a que cada clase de emigrantes suelen dedicarse. Salen a escenas, riojanos, asturianos, castellanos y alemanes pero ningún gallego. Chile debe ser un país sin gallegos.

"Un novelista descubre América" es pues, un interesante libro de viajes, escrito en una prosa rápida, ágil, certera y siempre exacta, por un escritor que domina perfectamente el castellano de nuestros días.

Entrega de premios a los expositores infantiles

La Junta directiva de la Asociación de Artistas ruega a todos los concursantes de la clausurada Exposición de Arte Infantil, celebrada últimamente con tan resonante éxito, asistan el próximo sábado, día 21 de los corrientes, a las ocho en punto de la tarde, en su local social, para proceder a la entrega de premios y obsequios y hacerse cargo de las obras expuestas.

Baleares



Miguel Delibes descubre América

Por JUAN BONET

MIGUEL Delibes, el estupendo novelista, se apea ahora de la fantasía y nos entrega un libro, magnífico, sobre la realidad. La realidad se llama, en este caso, América, no una América vaga, sino la que Delibes, con despierta curiosidad y espíritu independiente vió durante su viaje a Chile.

El libro —“Un novelista descubre América”, publicado por la Editora Nacional— es de los que se recomiendan solos. Cualquiera lector que, en una librería cualquiera, lo abra por alguno de sus capítulos y lea unas líneas, seguro que compra el libro. A esto le llamo yo recomendarse solo un libro, es decir, atraer a estos difíciles lectores que “roban” páginas sueltas de lectura en las librerías del país, de pie y como quien no quiere la cosa.

No es un libro enfadoso de estadísticas, no hay, en él, ni lirismo provinciano ni patriotismo barato Miguel Delibes, según muestra en su descubrimiento de América, no se ha propuesto otra cosa que contar con sencillez y gracia lo que vió, cuanto vió que fue mucho y muy significativo. No hay opiniones gratuitas (sus opiniones sobre Perón, por ejemplo, anticipadas a la caída del régimen, se ve que iban llenas de sentido común y certidumbre), ni papanatismo, ni dejarse influenciar más que por una cosa: por las propias, indeclinables impresiones.



MIGUEL DELIBES

Las páginas de Delibes —que profundizarán en Chile— arrancan contando las más jugosas impresiones sobre el Brasil, sobre la Argentina, que sigue siendo el país de las oportunidades según nuestro novelista, pasa después sobre los Andes y, al fin, se enfrenta con Chile. Todo esto está muy pronto dicho, pero que nadie crea, por favor, que se trata de un periodismo superficial y anodino. Miguel Delibes, ni en las páginas que mejor podrían pasar por crónicas de viaje al uso, dimite de su condición de gran escritor, de hombre que escribe dando envidia al que lee por la seguridad, la belleza y la gracia de su lenguaje.

Veamos, por ejemplo, en unas pocas líneas de Miguel Delibes, un completo retrato físico de Chile: “Chile, dice el novelista, es un país que, como corresponde a su ascendencia auracana, ha colocado sus provincias en fila india. Podría decirse de Chile que es un país tan estrecho, tan estrecho, que no tiene más que norte y sur. Nordistas y sureños convergen en Santiago y son dos temperamentos tallados por dos opuestas formas de vida: el desierto, la mina, arriba; la agricultura y la ganadería, al sur. Entre norte y sur existen, como es de ley, sus diferencias; entre este y oeste no caben diferencias, se caerían al mar.

¿Verdad que este es un ágil modo de ver el mapa completo de un país? Todo el libro de Delibes abunda en ese desparpajo, en esa clara y humanísima manera de ver, de entender que es también estimar y valorizar lo visto.

Santiago, la capital de Chile, ocupa muchas páginas en el libro y al chileno le llama Delibes “Andaluz al baño maría”. Y añade, a modo de lucida aclaración: “Esto equivale a decir que ni en la euforia ni en la irritación llega el chileno a los extremos que el andaluz. Digamos, en suma, para entendernos, que el chileno es un andaluz con sordina.”

El íntimo ser del país y lo superficial —el vino, las carre-

Continúa en la página siguiente

Miguel Delibes...

(Viene de la página anterior)

ras o la canasta— todo tiene su lugar en las observaciones de Delibes, que va pasando revista a la vida completa de aquel pueblo que, por carecer de espíritu gregario, conserva una fuerte originalidad o, mejor, personalidad.

Esencialmente novelista, interesado tanto por el paisaje como por el paisanaje, son especialmente interesantes las páginas de Delibes dedicadas al hombre del país. El tipo de el "roto", representante de la clase inferior chilena, una sociedad que ha eliminado la clase media —en Chile, nos informa Delibes, los trenes carecen de segunda clase—, y, naturalmente, quedan muy acentuadas las tintas de los dos extremos. Los que lo tienen todo y los que, al parecer, han llegado a la máxima de las indigencias, como en ese tipo pintoresco, un tanto pícaro y filósofo, que es el "roto". "Un ser, dice Delibes, consciente del maravilloso don de la vida, a la que estruja y le saca el zumo de una manera personalísima." Delibes refuerza sus palabras sobre el "roto" con algunas anécdotas o sucesos presenciados por él.

La cocina, compleja y contradictoria; los deportes, paraíso de cazadores y pescadores dice Delibes de Chile; las distintas formas de vida del norte y del sur, con una visión dramática de los últimos auracanos; sobre la mujer; sobre el nivel de vida, en general, y particularidades sobre el idioma, Delibes no deja nada, o casi nada, por tocar con los puntos, tan cultos y espléndidos, de su buenísima pluma de escritor, y acaba el libro con unas palabras de firme esperanza sobre el país: "A uno le invade la convicción de que Chile no da más porque de momento no lo necesita. Hace años a Chile le bastaba con los nitratos, pero el mundo empezó a fabricarlos artificiales y entonces Chile hubo de rascar un poco su caparazón y extraer cobre. El cobre era mucho, aunque no todo, y el chileno rascó un poquito más y alumbró petróleo, carbón, hierro y hasta oro."

El porvenir de Chile, pues, acaba el novelista, está en rascar. Y cuanto más hondo, mejor.

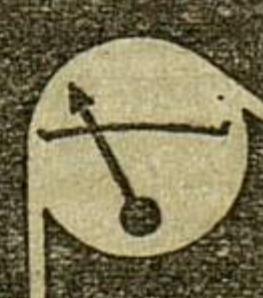
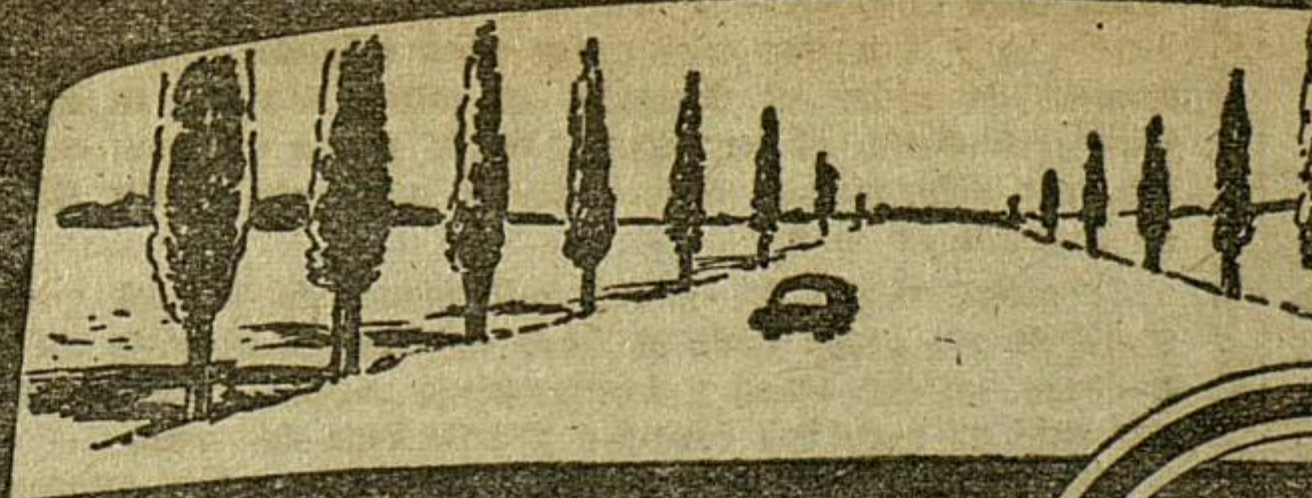
Granja Restaurante TEBAS

(Junto Cilne Astoria) — Calle Navarra, 29. Telef. 3041

NUEVO SERVICIO DE RESTAURANTE
ESPECIALIDAD EN PESCADOS Y MARISCOS
Langosta del Mediterráneo

CUBIERTO ESPECIAL PARA VERANO: PESETAS 25'00
(Incluido servicio y demás impuestos)

¡Sea precavido
Conociendo la reserva





LA AMERICA DE MIGUEL DELIBES

Por RAFAEL VAZQUEZ-ZAMORA

«S E precisan ojos de palurdo para sacarle a un viaje un rendimiento». Esto dice Miguel Delibes, refiriéndose, claro está, al rendimiento literario y artístico, no al práctico, pues quien va a aprovecharse de un país extranjero, lo que necesita son ojos de águila o de linco. Pero esas palabras del novelista Delibes, sobradamente confirmadas en su libro sobre Chile (1) y, en menor extensión, sobre Argentina, encierran una verdad que la crítica literaria ha visto demostrada reiteradamente en los mejores libros de viajes. El hombre con ojos cándidos —es decir, como película virgen— y con mente igualmente desprevenida, podrá siempre comunicarnos una impresión interesante de su viaje. En cambio, el que «está de vuelta» incluso antes de haber emprendido el viaje, nos dirá sólo, a su regreso, cualquiera de los tópicos o clichés fácilmente disponibles. De ahí que carezcan de interés casi todos los libros en que un viajero de determinado credo político cuenta lo que le ha parecido el país en que impera el credo político contrario. Es curioso comprobar que en tales casos, el viajero escribe a su vuelta exactamente lo que ya estaba escrito; a veces, incluso frases hechas. Y, por otra parte, hay personas que han leído demasiado, han visto demasiado cine, para que un viaje les deje impresiones inéditas. El único remedio es hacerse lo que hoy se llama un «lavado cerebral» (¡sólo para el turismo, naturalmente!) y, al llegar frente a las Pirámides, a la Estatua de la Libertad, o al Vesubio, dejarse impresionar como si uno fuera la persona más ignorante del mundo.

Pero como a la vez es necesario poseer una fina sensibilidad si se ha de contar algo que sea digno de escucharse o leerse, el problema resulta de muy difícil solución. Miguel Delibes ha logrado hacerlo, pero supongo que le ha ayudado mucho a ello su condición de novelista. Por lo pronto, ha debido de hacer un Auto de Fe, antes de tomar el avión, con todos los retazos que le quedasen en la memoria de los discursos, «slogans» y folletos de propaganda hispanoamericana en España. Nuestro país, como es bien sabido, disfruta extraordinariamente con la retórica, pero sobre nada se han dicho más vaciedades que sobre América y los eternos vínculos que se supone nos unen con los países hispanoamericanos. En lo que nadie se molesta es en explicar bien cómo es América y, especialmente, qué distingue a unos países hispanoamericanos de otros. En ninguna parte existen tantos organismos, centros, asociaciones, tertulias, revistas, etc... como en España para la consolidación y el fomento del «estrechamiento de vínculos» entre un país europeo con los de América hispana. Pues bien, ¿qué sabe el lector exactamente de Colombia? ¿En qué se diferencia Costa Rica de Ecuador? ¿Y qué idea tiene usted de Paraguay? Reconozcamos que, para ser nuestras «hijas», son para nosotros unas hijas un poco nebulosas.

De ahí que necesitamos visiones sanamente directas e ingenuas —en el sentido puro de esta palabra—, que precisemos de espíritus no prevenidos capaces de mirar y luego contar la impresión tal como la recibieron. Claro que si uno de estos espíritus es Miguel Delibes, mejor que mejor, porque él es novelista de pura cepa, hombre acostumbrado a crear personajes y a describir ambientes, e incapaz de llevar una falsilla en la maleta para contar luego, a su regreso, lo visto... por otros. Delibes, por el contrario, nos da en «Un novelista descubre América» una versión personal, reducida casi exclusivamente a lo visto, sentido y comprobado por él, de lo que hay en Argentina y, formando el cuerpo del libro, en Chile.

Incluso el viaje en avión por encima del Atlántico está descrito con indudable originalidad. Y a su llegada a Natal, cuando lo fumiga un mestizo para cumplir el reglamento sanitario, comenta Delibes: «Uno, entre los efluvios del DDT, adquiere conciencia de patatal invadido por las larvas». Y el primer café brasileño se le indigesta al viajero. En cambio, cuando llegue a Chile, sabrá agradecer el cariñoso cartel: «Bienvenido a Chile». Pero esta simpática hospitalidad no le impedirá decir cuanto se le ocurra sobre los defectos del pueblo chileno; ni los continuos terremotos que debieron de hacerle pasar tan malos ratos le inducirán a ocultar todo lo bueno que puede decir de Chile. En Miguel Delibes hay, a lo largo de todo su libro, un sincero esfuerzo por ser objetivo e imparcial. Sin embargo, no olvidemos que es un novelista. Yo no conozco Chile, pero apostaría a que ese país me dejaría una impresión radicalmente distinta a la que de él ha sacado el autor del «Diario de un cazador». Los libros de viajes escritos por novelistas son de lectura mucho más amena que los de los geógrafos, economistas, etc., pero, sin duda, reflejan algo así como el «personaje» literario en que se ha convertido el país para el novelista. Por lo pronto, debo registrar, complacido, que ese país «tan estrecho, tan estrecho, que no tiene más que norte y sur» (¡graciosa expresión!), esa especie de gran almacén de terremotos, está habitado por un tipo humano al que Delibes llama «andaluz con sordina». Es un hombre que sólo trabaja lo imprescindible, que es imprevisor, desapegado al dinero, generoso, pero, por lo visto, no habla tan alto ni gesticula tanto como nosotros los andaluces. Al contrario, abusa del diminutivo tan exageradamente que destroza la lengua española. Así, un día entró Delibes en un salón de té y le preguntaron:

—¿«Tesito»?

—Sí.

—¿Solito o con lechesita, cabayero?»

Allí se juega mucho a la canasta, y Delibes se vió en un apuro al tener que confesar su desconocimiento de ese juego.

«Un novelista descubre América» está lleno de datos pintorescos y de observaciones ingeniosas. A veces, salta alguna bella imagen. Por ejemplo, al describir la pampa, esa interminable extensión de verde, de esta manera: «Una montaña planchada a fondo y multiplicada por cien». O cuando, también en la Argentina, en San Juan —que fué destruida por un terremoto— dice: «Uno pisa la tierra con infinitas precauciones, con miedo a despertarla».

Notamos en seguida al novelista en la delectación que pone en la descripción de los tipos, sobre todo el simpático «roto» chileno o en ese gaucho de Chile que allí llaman «huaso», y también en el interés que pone en las expresiones características del país, como en el oye que dice «Vamos a conversarnos una botella». Y de la ciudad de Buenos Aires nos habla como de una persona. En fin, que a Miguel Delibes le ha interesado de América lo vivo, lo palpitante, la biología nacional, y ha huído del tópico como de la peste.

(1) «Un novelista descubre América», por Miguel Delibes. Editora Nacional, Madrid, 1956.

14 / XI / 56 . 8



DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Los viajeros europeos llegan con las retinas sumergidas, aún en su paisaje, en sus ciudades llenas de tradición, en sus museos, en sus parques recordados armoniosamente por la podadera de los siglos y en sus montañas domesticadas. Se sorprenden, como es natural, ante la exuberancia salvaje de lo nuestro. La selva todavía no ha retrocedido suficientemente y está próxima a las ciudades; el sol parece ser más cegador, las aguas del mar azotan con más furia y el surtidor de su espuma parece elevarse más y con mayor fuerza que en otros lugares.

Es cierto que la visión se apacigua frente a la vastedad inmensurable de la pampa poblada de riqueza pecuaria y que allí la mirada se extiende hasta perdida de vista sin escollo alguno. Pero, luego sobreviene la fragosidad de la cordillera andina y el paisaje se transmuta violentamente.

Cuando el viajero llega a Chile, una vez traspuestos los Andes por la carretera o por la vía férrea, comprende mejor la noción de la pequeñez humana por la sola y simple comparación entre el hombre y la montaña. Entonces, mira nuestra vida cotidiana, nuestras improvisadas ciudades, nuestros montes, nuestros ríos y nuestras campiñas, con un espíritu más comprensivo. La mole andina lo ha aplastado, le hace sentirse empequeñecido: y es así, con mirada benevolente y humilde con la que nos contempla.

Por eso, cuando los viajeros europeos escriben sobre Chile suelen hacerlo generosa y amablemente. Conocen nuestros defectos, pero los disimulan y hasta les encuentran cierta gracia; miran la fealdad de las poblaciones y les hallan un recóndito encanto.

Así ha ocurrido, entre muchos otros, a un periodista español, culto y sagaz que, al propio tiempo, es un connotado novelista peninsular: Miguel Delibes. Estuvo brevemente entre nosotros. Nos permitió ofrecerte nuestra hospitalidad ancha, modesta y cordial. Visitó el país a

grandes saltos y comenzó a sentirse un poco como en casa propia.

Cuando regresó a España publicó un hermoso libro: "Un novelista descubre América", en el cual reseña su viaje, vacía sus impresiones y escancia sus recuerdos. Un libro grato, ameno, que el corazón amigo dicta envolviendo al país y a su gente en un halo de cordial simpatía. Una obra de aleurnia literaria como corresponde a quien ha escrito "Diario de un cazador" y "La sombra del Ciprés es alargada". Pero, sobre todo, el libro es un amigo: de un buen amigo.

L.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes

MD

Libros abiertos

Un novelista descubre América, por Miguel Delibes

En dieciséis capítulos o crónicas, que pueden exhibirse como modelo de prosa ejemplar, recoge Delibes sus impresiones sobre América, esa América fabulosa e incomprendida y todavía inédita. ¿Todavía?

No es este el primer libro que sobre la tierra hermana se ha escrito. Yo he leído varios, mejores o peores, en los que se pretendía darnos "una versión real". Y, sin embargo, confieso ingenuamente que mis ideas sobre Sudamérica eran bastante pobres, apenas imprecisas. Y es que lo esencial no había sido descubierto hasta que este joven castellano, captador de paisajes y de almas, se decidió a atravesar el charco. Lo hizo con humildad. "Salir a descubrir América en 1955 constituye una empresa, más que arriesgada, pretenciosa. Uno puede invocar muchas discretas razones para justificar su viaje, mas, en el fondo, no queda sino un movimiento de curiosidad. Quien viaja con la presunción de estar de vuelta de todo es un observador frustrado; se precisan ojos de palurdo para sacarle a un viaje rendimiento. Un viaje exige una conciencia virgen, una conciencia sin de formar." Son palabras del prólogo de "Un novelista descubre América", cuyo título —no cabía otro ni más exacto ni más expresivo— ya es un anticipo de las muchas revelaciones con que se encontrará el lector.

Yo temía, antes de empezar la lectura de este libro, encontrarme con uno más. Los libros de viajes corren el riesgo de caer en lo subjetivo o hiperbólico. Es

muy difícil mantener el equilibrio al enfrentarse con lo desconocido. ¿Lo mantiene el autor de "Un novelista descubre América?" En todo momento, y esto gracias a su serenidad innata de observador ecuaníme que, siempre propicio a la sorpresa, no se deja influenciar a la hora de formar juicio. Quiero decir que el autor nos da su impresión virgen, pero sin deformaciones. Un escritor corriente, cuando se dispone a contar lo que ha visto tropieza, lo primero, con el prejuicio, y luego, si ha leído algo sobre lo que se propone escribir, es sabido que le traicionara el prurito de originalidad. En Delibes, escritor de talento, el peligro está superado por su natural sencillez, que forma parte de su personalidad.

El paisaje, el hombre y su "circunstancia", como escribirla Ortega, constituyen la base en que se apoya el libro de Delibes. Luego, todo se reduce a escribir llana y magistralmente sobre estos tres pilares fundamentales las impresiones del autor a quien ya conocíamos como novelista penetrante y sagaz, como narrador inimitable, no como ensayista y definidor del paisaje y del hombre.

Sin transiciones, que hoy ya no pueden justificar las distancias, saltó el autor desde su Castilla escueta a la América fabulosa, para enfrentarse con el espectáculo más extraordinario y diverso: Río, Buenos Aires, los Andes, Chile, Santiago: "Una ciudad de tarjeta postal... El verde pañuelo... La espina dorsal de una geografía... Estado de

alarma... El decorado se tragó la obra." Después de estos enunciados, habría que escribir sobre ellos y no defraudar al lector, y Delibes no sólo no le defrauda, sino que desde la primera página se mete en él para que ya todo le resulte fácil. El lector, apenas iniciada la lectura de "Un novelista descubre América", se siente inmerso en ella, de tal forma que llega a olvidarse de que el autor le está apuntando para hacer suyas las observaciones, las reflexiones, los problemas que al paso de las páginas se le van revelando con asombrosa lucidez. Así es América, no cabe duda, es lo que uno concluye al finalizar la lectura de estas crónicas. Y esto —de aquí lo extraordinario— a pesar de no haber estado en América. Así son de eficaces las razones, la fuerza persuasiva de los argumentos, la minuciosa pintura del ambiente y del paisaje.

Uno está seguro de que este libro sirve igual a los ignorantes como a los doctos, y para todos constituye una delicia, el mejor estimulante para desentumecernos del empacho de tanta meratatura efectista y pretenciosa como se ha malgastado sobre una tierra y unos hombres... todavía sin descubrir. ¿Todavía?

Delibes ha franqueado la primera puerta, ha dado un paso definitivo, que si literariamente es importante, humanamente puede ser trascendental para llegar a un cabal entendimiento entre hermanos que aún se desconocen. La fórmula de Delibes es perfecta: ver y contar. ¡Ahí es nada!

FRANCISCO ALVARO